

En el siglo XVII, se celebró algo así como un concurso para construir nueva Iglesia, pues la comenzada por el Dr. Angulo, se estaba cayendo y se cuenta que uno de los proyectos presentados eran una maravilla de arquitectura que los capitulares desecharon porque la Ciudad no tenía recursos para ejecutarlo.

En este siglo, lo que es hoy Plaza de la Catedral y sus alrededores, era una ciénaga, que empezó a poblar el Capitán José Díaz de Pimienta, constuyendo allí una casa y un aserradero! Y sobre este terreno cenagoso, años después se empleó por primera vez el empedrado para unir la plazuela con el Hospital de San Juan de Dios. También en este siglo se señaló nueva Plaza que "aderezaron" don Diego de Soto y el Capitán Alonso de Terrera. El sitio elegido, era, en casi toda su extensión, un gran lagunato con más de media vara de agua que impedía llegar al barrio de Campeche. Y esta Plaza, que el Teniente General de la Isla, Damián Velázquez de Contreras, aseguraba que no podía atravesarse ni a caballo, era de las más importantes de la Habana y en ella se celebraban las fiestas de muchos santos.

Lo que realmente es singular es que en medio de tanta pobreza, en medio de tanta miseria, existiese un sentimiento igualmente pujante, desde los días más remotos de la historia de la Habana. Esta característica indiscutible que fué, naturalmente, tomando distintos aspectos, fué un orgullo desmedido, que se manifestaba francamente, tomando distintos aspectos, fué un orgullo desmedido, que se manifestaba francamente, en los Rojas, en los Recios, en los Sotos y en los desplantes de aquél bravucón de Juan de Lobera, para quien los capitulares pedían aumento en la paga a fin de que se animase y cobrase

"más fuerza para con todo mejor morir en el servicio de su Magestad" y orgullo que llevó a los cabildos a empeñar costosos pleitos con la Iglesia, por la prohibición de un Obispo de que las habaneras continuasen la costumbre de llevar cojines y alfombras al Templo y no permitir en ella otros escudos de armas que los que su jefe autorizase. Fué este sentimiento el que hizo decir a un capitular habanero, cuando más enconada era la lucha con Armendariz: "Al Obispo que se vaya para su Catedral" y es el mismo orgullo el que un día escribió al Rey pidiendo que mandase alguna merced para la Villa. Este orgullo no admitió derrotas y cuando Quiñones deshizo el mercado para hacer la Plaza de Armas, los capitulares, que se opusieron cuanto pudieron a la pretensión del Alcalde, admitieron que era conveniente hacer nuevo mercado porque los gritos de las negras vendedoras molestaban en el templo.

Es realmente cómico, imaginarse a los capitulares vestidos con "lutos de loba", que naturalmente pagaban la Ciudad, dirigirse en magestuosa procesión por entre los bohios que formaban la Habana de aquél tiempo, para asistir a las honras de Felipe II. Tanta pompa en escenario tan miserable, provocaba, naturalmente, burlas, y en más de una ocasión los ceremoniosos paseos del cabildo, fueron objeto de bromas castigadas por los capitulares con excesivo rigor.

República de Cuba. Municipio de La Habana. Memoria de los trabajos realizados por la Administración del Alcalde Dr. Miguel M. Gómez y Arias durante el ejercicio de 1929 a 1930, p.136. 1930.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

En el siglo XVII, se celebró algo así como un concurso para construir nueva Iglesia, pues la comenzada por el Dr. Angulo, se estaba cayendo y se cuenta que uno dellos proyectos presentados eran una maravilla de arquitectura que los capitulares desecharon porque la Ciudad no tenía recursos para ejecutarlo.

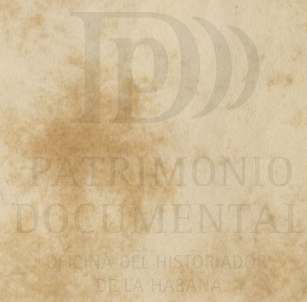
En este siglo, lo que es hoy Plaza de la Catedral y sus alrededores, era una ciénaga, que empezó a poblar el Capitán José Díaz de Pimienta, constuyendo allí una casa y un aserradero. Y sobre este terreno cenagoso, años después se empleó por primera vez el empedrado para unir la plazuela con el Hospital de San Juan de Dios. También en este siglo se señaló nueva Plaza que "aderezaron" don Diego de Soto y el Capitán Alonso de Terrera. El sitio elegido, era, en casi toda su extensión, un gran lagunato con más de media vara de agua que impedía llegar al barrio de Campeche. Y esta Plaza, que el Teniente General de la Isla, Damián Velázquez de Contreras, aseguraba que no podía atravesarse ni a caballo, era de las más importantes de la Habana y en ella se celebraban las fiestas de muchos santos.

Lo que realmente es singular es que en medio de tanta pobreza, en medio de tanta miseria, existiese un sentimiento igualmente pujante, desde los días más remotos de la historia de la Habana. Esta característica indiscutible que fué, naturalmente, tomando distintos aspectos, fué un orgullo desmedido, que se manifestaba francamente, tomando distintos aspectos, fué un orgullo desmedido, que se manifestaba francamente, en los Rojas, en los Recios, en los Sotos y en los desplantes de aquél bravucón de Juan de Lobera, para quien los capitulares pedían aumento en la paga a fin de que se animase y cobrase

"más fuerza para con todo mejor morir en el servicio de su Magestad" y orgullo que llevó a los cabildos a empeñar costosos pleitos con la Iglesia, por la prohibición de un Obispo de que las habaneras continuasen la costumbre de llevar cojines y alfombras al Templo y no permitir en ella otros escudos de armas que los que su jefe autorizase. Fué este sentimiento el que hizo decir a un capitular habanero, cuando más enconada era la lucha con Armendariz: "Al Obispo que se veyá para su Catedral" y es el mismo orgullo el que un día escribió al Rey pidiendo que mandase alguna merced para la Villa. Este orgullo no admitió derrotas y cuando Quiñones deshizo el mercado para hacer la Plaza de Armas, los capitulares, que se opusieron cuanto pudieron a la pretensión del Alcalde, admitieron que era conveniente hacer nuevo mercado porque los gritos de las negras vendedoras molestaban en el templo.

Es realmente cómico, imaginarse a los capitulares vestidos con "lutos de loba", que naturalmente pagaban la Ciudad, dirigirse en magestuosa procesión por entre los bohios que formaban la Habana de aquél tiempo, para asistir a las honras de Felipe II. Tanta pompa en escenario tan miserable, provocaba naturalmente, burlas, y en más de una ocasión los ceremoniosos paseos del cabildo, fueron objeto de bromas castigadas por los capitulares con excesivo rigor.

República de Cuba. Municipio de La Habana. Memoria de los trabajos realizados por la Administración del Alcalde Dr. Miguel M. Gómez y Arias durante el ejercicio de 1929 a 1930, p.136. 1930.



En el siglo XVII, se celebró algo así como un concurso para construir nueva Iglesia, pues la comenzada por el Dr. Angulo, se estaba cayendo y se cuenta que uno de los proyectos presentados eran una maravilla de arquitectura que los capitulares desecharon porque la Ciudad no tenía recursos para ejecutarlo.

En este siglo, lo que es hoy Plaza de la Catedral y sus alrededores, era una ciénaga, que empezó a poblar el Capitán José Díaz de Pimienta, constuyendo allí una casa y un aserradero! Y sobre este terreno cenagoso, años después se empleó por primera vez el empedrado para unir la plazuela con el Hospital de San Juan de Dios. También en este siglo se señaló nueva Plaza que "aderezaron" don Diego de Soto y el Capitán Alonso de Terrera. El sitio elegido, era, en casi toda su extensión, un gran lagunato con más de media vara de agua que impedía llegar al barrio de Campeche. Y esta Plaza, que el Teniente General de la Isla, Damián Velázquez de Contreras, aseguraba que no podía atravesarse ni a caballo, dera de las más importantes de la Habana y en ella se celebraban las fiestas de muchos santos.

Lo que realmente es singular es que en medio de tanta pobreza, en medio de tanta miseria, existiese un sentimiento igualmente pujante, desde los días más remotos de la historia de la Habana. Esta característica indiscutible que fué, naturalmente, tomando distintos aspectos, fué un orgullo desmedido, que se manifestaba francamente, tomando distintos aspectos, fué un orgullo desmedido, que se manifestaba francamente, en los Rojas, en los Recios, en los Sotos y en los desplantes de aquél bravucón de Juan de Lobera, para quien los capitulares pedían aumento en la paga a fin de que se animase y cobrase

"más fuerza para con todo mejor morir en el servicio de su Magestad" y orgullo que llevó a los cabildos a empeñar costosos pleitos con la Iglesia, por la prohibición de un Obispo de que las habaneras continuasen la costumbre de llevar cojines y alfombras al Templo y no permitir en ella otros escudos de armas que los que su jefe autorizase. Fué este sentimiento el que hizo decir a un capitular habanero, cuando más enconada era la lucha con Armendariz: "Al Obispo que se vaya para su Catedral" y es el mismo orgullo el que un día escribió al Rey pidiendo que mandase alguna merced para la Villa. Este orgullo no admitió derrotas y cuando Quiñones deshizo el mercado para hacer la Plaza de Armas, los capitulares, que se opusieron cuanto pudieron a la pretensión del Alcalde, admitieron que era conveniente hacer nuevo mercado porque los gritos de las negras vendedoras molestaban en el templo.

Es realmente cómico, imaginarse a los capitulares vestidos con "lutos de loba", que naturalmente pagaban la Ciudad, dirigirse en magestuosa procesión por entre los bohios que formaban la Habana de aquél tiempo, para asistir a las honras de Felipe II. Tanta pompa en escenario tan miserable, provocaban naturalmente, burlas, y en más de una ocasión los ceremoniosos paseos del cabildo, fueron objeto de bromas castigadas por los capitulares con excesivo rigor.

República de Cuba. Municipio de La Habana. Memoria de los trabajos realizados por la Administración del Alcalde Dr. Miguel M. Gómez y Arias durante el ejercicio de 1929 a 1930, p.136. 1930.

